EEUU: Sólo un golpe de Estado impedirá la victoria de Trump

EDUARDO VASCO :: 12/07/2024

Los demócratas y la gran burguesía estadounidense no tienen a nadie con la misma popularidad que Trump

El primer debate electoral demostró a millones de ciudadanos estadounidenses que están gobernados por una esponja. Quizás la anticipación de los debates (en elecciones anteriores, el primer debate sólo tuvo lugar a finales de septiembre) se produjo precisamente con el objetivo de probar la aceptación de la (falta de) capacidad cognitiva de Joe Biden por parte del público en general para que hubiera llegado el momento de sustituirlo por otro candidato, si fuera necesario. Al igual que en 2020, Biden dio un golpe interno en el Partido Demócrata, impidiendo la competencia y los debates para no exponer su total incapacidad para gobernar.

Pero todas las voces de la gran burguesía imperialista estadounidense ahora piden desesperadamente su reemplazo.

El portavoz más influyente del establishment, el New York Times instó en un editorial: "*para servir a su país, el presidente Biden debe abandonar la carrera*", elogiando al "admirable presidente", bajo cuyo liderazgo "*la nación prosperó y comenzó a abordar una serie de desafíos de larga data*". Porque Biden se enfrenta al diablo personificado. «*Donald Trump ha demostrado ser un peligro importante para la democracia -- una figura errática y egoísta que no merece la confianza del público*«, opinó el periódico.

Sin embargo, los demócratas y la gran burguesía estadounidense no tienen a nadie con la misma popularidad que Trump. La mayoría de las encuestas de opinión señalan al republicano como favorito y el número de partidarios de las ideas y políticas que defiende ha ido creciendo, como la lucha contra la inmigración, el envío de armas a Ucrania y la «cultura woke». Una encuesta publicada a principios de enero por el Washington Post y la Universidad de Maryland indicó que el 36% de los estadounidenses piensa que la elección de Biden en 2020 no fue legítima. Trump logró recaudar 53 millones de dólares para su campaña en las 24 horas siguientes a su condena en mayo por un tribunal de Nueva York y consiguió 3 millones de seguidores casi inmediatamente después de abrir una cuenta en Tik Tok. Es un fenómeno aún más devastador que en 2016.

Sabiendo, sin embargo, que no es la voluntad del pueblo, sino las maquinaciones de intereses poderosos dentro de las instituciones del Estado las que realmente deciden al próximo presidente de los EEUU, es necesario analizar las estructuras de la burguesía norteamericana y sus tentáculos y medir la fuerza de sus sectores que hoy se encuentran en clara contradicción. Es la correlación de fuerzas dentro del sistema político y económico estadounidense la que decidirá qué capa de las clases dominantes, la superior o la inferior, tendrá su representante en la Casa Blanca en 2025.

El poder de los republicanos en los estados

Teniendo en cuenta el mayor o menor control de la maquinaria política estatal (ejecutiva, legislativa e histórica en las tres últimas elecciones presidenciales), se espera que los republicanos ganen en todos los "red states" y en otros 17 estados, incluido el "swing state" de Georgia. De este modo, se les garantizarán 255 delegados para el colegio electoral, sumando el número total de delegados al que tiene derecho cada uno de estos estados. Los demócratas, por otro lado, tienden a ganar en todos los "blue states" y en 10 estados más, incluidos los "swing states" de Nevada y Michigan y los estados de Minnesota y Maine, donde, a diferencia de todos los demás, el partido que obtiene la mayoría de los votos populares en el estado no elige automáticamente a todos los delegados, pero tienen sus propias reglas (nuestro cálculo tiene en cuenta que los demócratas controlan la maquinaria política en estos dos estados, por lo tanto, pueden gestionar los resultados de las elecciones). Los demócratas obtendrán así 243 delegados en el colegio electoral.

Para que su candidato resulte ganador de las elecciones presidenciales, un partido debe tener al menos 270 delegados en el colegio electoral. De ahí la importancia esencial de los "swing states" donde el control político no está definido (Pensilvania, Wisconsin y Arizona). De ganar esos 255 delegados, para ser elegido le bastará con que Trump gane sólo en uno de ellos (Pensilvania), o, si pierde en Pensilvania, si gana en los otros dos. El candidato demócrata se verá obligado a ganar en Pensilvania y en uno de los otros dos "swing states" clave si obtiene sólo 243 delegados.

Considerando, por tanto, el control de la maquinaria política en los estados, sumado a la tendencia de mayor preferencia entre los electores en las encuestas de intención de voto, Donald Trump tiene mayores posibilidades de ser elegido presidente que el candidato demócrata.

El Estado profundo contra Trump

"*Con una mayoría favorable al MAGA en la Corte Suprema, docenas de aliados en los tribunales federales inferiores, así como en el Congreso, las legislaturas estatales y las mansiones de los gobernadores, y un grupo considerable, extremadamente leal y fuertemente armado de partidarios políticos, Trump tendrá un margen de maniobra considerable y muchos partidarios*", dice un artículo en Foreign Affairs publicado el 10 de junio, firmado por Jon D. Michaels.

El autor teme que el trumpismo esté construyendo su propio Estado Profundo, que podría consolidarse con el regreso de Trump al gobierno. Los analistas tradicionales de los intelectuales occidentales tienden a caracterizar a los países que no pertenecen a América del Norte y Europa Occidental como regímenes extremadamente burocráticos, corruptos y antidemocráticos, donde reinan las conspiraciones internas como forma de lucha por el poder. De hecho, esta caracterización encaja perfectamente con los EEUU de las últimas décadas. EEUU tiene una de las burocracias estatales más grandes y ciertamente la más poderosa del mundo. Olvídese de las supuestas preocupaciones sobre las personas LGBT o negras. A quienes dominan el poder en EEUU no les importan los derechos o la falta de derechos de estas personas. Les preocupan cosas más fundamentales, como mantener un control estricto del régimen político.

Y Trump es una peligrosa amenaza para ese control. Tiende a concentrar poderes en la presidencia, con mayor poder de intervención y control sobre las agencias de inteligencia y los organismos de defensa nacional. Aprendió de los errores de su primer mandato y ahora sólo colocará a personas en las que confía en puestos clave, y la tendencia es que cambie a la mayoría de los jefes de las principales áreas de gobierno. Otro artículo de Foreign Affairs, publicado por Risa Brooks el 20 de marzo, plantea preocupaciones sobre la **creciente politización del ejército** estadounidense, alimentada tanto por la propaganda trumpista como por los vetos de los legisladores republicanos a la promoción de oficiales supuestamente liberales en el ejército. Por eso los jefes del Pentágono también odian la idea de que Trump regrese al gobierno. Y los oficiales del Pentágono siempre son seleccionados entre las filas de l**as compañías armamentistas**, que temen la posibilidad de que EEUU retire sus bases militares y tropas de Asia y Europa, ya que sus ganancias provienen precisamente de la venta de material al gobierno estadounidense y sus países clientes. Los otros organismos del Estado Profundo, como **la CIA y el Consejo de Seguridad Nacional**, también se alimentan de cuadros de la industria militar, así como de Silicon Valley y Wall Street, que aglutinan a los grandes **monopolios tecnológicos y financieros** de EEUU y del mundo. Trump también ha declarado que podría abrir los archivos secretos sobre el asesinato de John Kennedy, lo que revelaría un poco más sobre la podredumbre de la CIA y el Estado Profundo, probablemente responsable de ese asesinato.

Trump podría hacer una reconfiguración sin precedentes del Estado Profundo, el verdadero gobierno estadounidense. Está jugando con los peores instintos del imperialismo estadounidense.

¿Quiénes son los hombres de Trump?

El núcleo del conflicto entre Trump y el aparato que dirige EEUU son las contradicciones de clase. En este caso, las contradicciones de los sectores marginados de la burguesía, la clase media y el proletariado, con la alta burguesía imperialista.

Jeffrey Sonnenfeld, un destacado estudioso de la alta sociedad estadounidense que trabaja a diario con los mayores capitalistas de EEUU, ha enfatizado esta contradicción en artículos de prensa. En el New York Times destacó que, hasta ahora, ninguno de **los 100 principales multimillonarios** de la lista Fortune **ha donado un solo centavo a la campaña presidencial de Trump**, del mismo modo que ningún director ejecutivo donó en 2016 y solo dos de los 100 principales lo hicieron en 2020. Además, muchos empresarios que financiaron a Trump en 2016 abandonaron el barco durante su administración.

Unos pocos financieros han apoyado al líder republicano, pero "*en realidad, estos financieros representan un pequeño segmento de la comunidad empresarial*", señaló Sonnenfeld en Time.

De esta información y de la campaña en los principales medios se desprende claramente que la alta burguesía estadounidense no apoya a Trump. ¿Pero quién lo apoya?

Basta con echar un vistazo a las posiciones políticas de Trump. Es proteccionista, aislacionista y antiinmigrante. Ataca a la globalización y promete cuidar la situación interna de EEUU y reducir la intervención en los asuntos de otros países, lo que significaría un duro

golpe al régimen imperialista global, más aún en un momento de insurrecciones contra este régimen a lo largo de todo el mundo.

Obstruir la entrada de inmigrantes aumentaría el salario de los trabajadores estadounidenses, ya que los inmigrantes que ingresan a EEUU aceptan recibir salarios muy bajos, reduciendo el salario promedio de los trabajadores estadounidenses. Es por eso que los grandes empresarios atacan la agenda de inmigración de Trump, para mantener salarios bajos con la competencia de los inmigrantes. Muchos trabajadores apoyan a Trump porque, naturalmente, quieren mejores salarios.

Incluso hay un ala izquierda dentro del trumpismo, como la hubo en el fascismo italiano y el nazismo alemán. Esto se debe precisamente a la influencia de trabajadores desorganizados y con poca conciencia política que han sufrido intensamente décadas de neoliberalismo, desindustrialización y gobiernos tradicionales demócratas y republicanos. En ambos artículos para el NYT y Time, Sonnenfeld opina que las políticas económicas de Trump se parecen mucho más a las de la izquierda socialista que a las posiciones tradicionales del Partido Republicano, «*y a menudo son más progresistas que las de la Administración Biden*«.

Las corporaciones son muy impopulares entre toda la población estadounidense e incluso entre miembros de ambos partidos, por lo que incluso Biden tiene que criticarlas y adoptar medidas que no les gustan. Incluso los sectores poderosos de EEUU se vieron afectados por el dominio de los monopolios sobre la economía, ya que suprimieron la competencia de los empresarios que permanecían al margen del poder. De hecho, si gobierna una minoría tan pequeña, incluso los sectores ricos de la sociedad terminan perjudicados. Y no les gustaba que la NSA espiara sus vidas y sus negocios o perder a sus clientes y casi quebrar debido a la competencia de los productores extranjeros, principalmente chinos.

En los últimos años, EEUU se ha vuelto dependiente de China en varios ámbitos, como la electrónica, los videojuegos, la maquinaria, los textiles, los productos químicos, los metales, etc. Es decir, principalmente en relación con los productos manufacturados. Las empresas de Elon Musk, un notorio partidario de Trump, son competidoras de las empresas chinas de Internet y de automóviles eléctricos. Todo este vasto sector empresarial, que abarca multitudes de empresas y empresarios, está de acuerdo cuando Trump dice que EEUU necesita protegerse de la competencia de China y otros países. Tanto es así que ejercieron una gran presión sobre la administración Biden para que fuera la más anti-China de la historia al imponer altos aranceles y sanciones, controlar y prohibir inversiones y estar a punto de prohibir Tik Tok. En el ámbito geopolítico, la administración Biden es quizás la más agresiva contra China, amenazada con una guerra contra EEUU por Taiwán. Muchos entienden que el principal enemigo geopolítico de EEUU no es el terrorismo, Irán o Rusia, sino China. Su penetración en el mercado interno estadounidense genera acusaciones de espionaje tanto industrial, tecnológico y político como de fortalecimiento económico de una potencia que desafía la hegemonía estadounidense.

El proteccionismo y el aislacionismo de Trump se vieron en su primer mandato cuando retiró a EEUU del Acuerdo Transpacífico, los Acuerdos Climáticos de París, la OMS y el acuerdo nuclear con Irán, todos ellos creados gracias al establishment imperialista

estadounidense. Trump es un representante de los sectores de la burguesía que eran dominantes antes de que EEUU se convirtiera en una potencia imperialista hegemónica, cuando la mayor parte de los negocios de la burguesía se limitaban al propio territorio estadounidense y al continente americano. Cuando el desarrollo capitalista condujo al surgimiento y al monopolio de la industria y los bancos por parte de unos pocos conglomerados, esos sectores perdieron espacio en la economía y la política. El capital financiero estadounidense se extendió por todo el mundo y exigió la entrada de EEUU en la Primera y Segunda Guerra Mundial precisamente para que el gobierno pudiera proteger sus negocios. El ala de políticos que representaba estos intereses se autodenominó "internacionalistas", un eufemismo hipócrita para imperialista. La burguesía marginada por el capital financiero cuyo ámbito de actividad era mucho más limitado no estaba interesada en entrar en guerras tan devastadoras para defender estos monopolios que la sojuzgaban. Por eso creó el movimiento "*America First*", símbolo del aislacionismo proclamado por los políticos que representaban a **este sector marginado de la burguesía**.

Durante mucho tiempo, hasta la era neoliberal, tanto el Partido Demócrata como el Partido Republicano tuvieron miembros vinculados a este sector. Pero esto no significa que Trump acaba de retomar una política aislacionista tradicional. Esta es una nueva era, influenciada por la experiencia neoliberal que devastó aún más los negocios de la burguesía marginada y también la calidad de vida de las clases media y trabajadora. Al mismo tiempo, condujo a una crisis sin precedentes de la propia alta burguesía imperialista. Este fenómeno es lo que los intelectuales del régimen estadounidense llaman la "crisis de la democracia". Y no es Trump quien está erosionando esta democracia. Esta "democracia" no es más que la dictadura estable de los monopolios imperialistas, cuya estabilidad ya no existe por su propia naturaleza. La contribución de Trump a esto es liderar **un movimiento de insurrección de la gran burguesía marginada**, la pequeña burguesía urbana y rural empobrecida y el proletariado desorganizado. Cualquier parecido con Alemania e Italia en la década de 1920 no es mera coincidencia. Durante más de 100 años, la política estadounidense siguió siendo una dictadura bipartidista en la que los dos partidos eran gemelos siameses y sus políticas casi idénticas garantizaban la estabilidad del régimen. Donald Trump llegó para sacudir esa estabilidad, subvertir al Partido Republicano, polarizar al país y sacudir las estructuras del régimen político. Por eso es tan odiado por las élites políticas y económicas.

Trump también cuenta con el apoyo de sectores poderosos de la burguesía europea que sufren la competencia desleal de los monopolios estadounidenses que colonizaron Europa tras el Plan Marshall. La exigencia de Trump de que Europa pague una mayor proporción de la financiación de la OTAN favorece la reducción de la dependencia de estos países de EEUU, lo que significa una reducción de la sumisión política. Ciertamente, varios sectores de la burguesía europea ven esta posibilidad como una pequeña liberación del yugo estadounidense. Por otro lado, la alta burguesía imperialista estadounidense ataca sistemáticamente la posibilidad de reducir la participación estadounidense en la OTAN y otros organismos internacionales, porque sabe que la participación estadounidense no es igual a la de otros países, sino más bien una participación dominante, cuya fuerza económica compra los empleados y jefes de estas organizaciones al servicio de los intereses de los EEUU.

El régimen de **Netanyahu también es un claro patrocinador de Trump*,** con sus tentáculos en el poderoso lobby sionista estadounidense. Otros gobiernos de derechas de tipo nacionalista burgués, en diversas partes del mundo, aunque no están en condiciones de influir decisivamente en el resultado de las elecciones americanas, dan mayor o menor apoyo a la candidatura del republicano, porque ven en él una posibilidad de contener el dominio de los monopolios imperialistas sobre su economía y en favor de la burguesía local, sofocada por las empresas estadounidenses.

¿Una verdadera revolución política en el régimen estadounidense?

En su primer mandato, Trump no pudo llevar sus políticas hasta las últimas consecuencias. Fue saboteado dentro del propio partido y gobierno. Ahora se ha hecho cargo del Partido Republicano y tiende a integrar sólo a personas de gran confianza en el núcleo duro del gobierno. Personas que cumplan con los mismos intereses que él. Trump puede reestructurar completamente la burocracia estatal estadounidense. Esto sería como una **revolución política en el régimen,** es decir, reemplazar a los líderes y al sistema político sin cambiar drásticamente los cimientos de la economía capitalista-monopolista.

La principal similitud de Trump con el fascismo no es su xenofobia, su machismo o su racismo, sino su base social. La elección de Trump podría ser la toma del poder por parte de las clases medias y de la burguesía media y baja, la base social tradicional del fascismo en su fase embrionaria, es decir, antes de llegar al poder. Los experimentos fascistas del siglo pasado, como los regímenes de Hitler y Mussolini, fueron domesticados y controlados por la alta burguesía imperialista cuando era inevitable que tomaran el poder. En otras palabras, los grandes monopolios abrazaron el fascismo en ese momento. No les importaría volver a hacerlo por algún principio ideológico o ético, como hacen en muchos lugares del mundo, pero nada indica que estén dispuestos a aliarse con Donald Trump. Lo más probable es que, si todo sale como se espera, **EEUU se ahogue en un caos** nunca visto en los últimos 150 años y llegue al borde de una guerra civil. Sería un régimen absolutamente inestable e insostenible, que podría acelerar exponencialmente **el declive del imperio estadounidense**.

La gran burguesía financiera e imperialista de EEUU no puede permitir que Trump gane bajo ninguna circunstancia. Por el contrario, necesita recuperar el control estadounidense sobre el mundo entero, lo que va en contra de los intereses económicos del MAGA. Pero también va en contra de la propia realidad objetiva: la crisis de este control y del régimen imperialista liderado por EEUU es irreversible. Para impedir una victoria de Trump, teniendo en cuenta todo su apoyo popular, el control de la burocracia estatal por parte de los republicanos en muchos estados y el apoyo que Trump tiene entre sectores económicos poderosos, aunque marginados, la gran burguesía imperialista tendrá que llevar a cabo un golpe de Estado. Pero no parece tener mucho margen de maniobra. Por eso no descarto, por ejemplo, un intento de asesinato. **Si no hay golpe, Trump será elegido**.

Y si Trump resulta elegido, lo mejor será pensar en **otro golpe de Estado.** De lo contrario, si Trump logra equipar completamente al Estado como temen sus oponentes, los grandes capitalistas tendrán que hacer como hicieron con Hitler y Mussolini: domar a la bestia, comprar miembros del trumpismo, extirpar su ala más radical e insertar a los hombres de

confianza del imperialismo en sus puestos, hacer un pacto y estabilizar mínimamente la situación.

Pero no será fácil ejecutar este plan. Es muy probable que sobrevenga el caos. La podredumbre violenta y destructiva no es más que la tendencia natural de un régimen imperialista en decadencia como el estadounidense.

---

*Según una investigación de MintPress, Joe Biden es el político que más fondos ha recibido del AIPAC en los últimos 30 años. Sin embargo, a pesar de no ser el favorito del lobby sionista (como tampoco lo es de los grandes capitalistas en general), Donald Trump también recibe el apoyo de sectores poderosos del sionismo (incluso del AIPAC), principalmente aquellos vinculados a los conservadores de Benjamin Netanyahu, que no están contentos con el insuficiente apoyo político, en su opinión, del gobierno de Biden al genocidio en Gaza.

CALPU

_____

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/eeuu-solo-un-golpe-de